

Ocean Vuong: hijo de la belleza

Por JOSÉ DE MARÍA ROMERO BAREA

Escribir consiste en sobrepasar las fronteras de las propias expectativas: «Nada dura para siempre, dicen aquellos que temen que algo dure más de lo que ellos pueden asumir». Capaces de habitar la retórica hueca de las formas preestablecidas, los argumentos avanzan con libertad redescubierta, no afectada por la convención («El ojo, solo en su cuenca, no sabe que hay otro ojo igual, a escasos centímetros de distancia, hambriento como él, vacío»). A partir de la paciencia, el respeto y la aceptación de uno mismo, el amor supone un acto de desafío frente a mundos opuestos que se niegan a reconocerse mutuamente. El más reciente relato del poeta Ocean Vuong (1988) reivindica la comprensión que tiene su origen en la propia experiencia. Se convierte en un catalizador del cambio. Proporciona una lección de aceptación para todos nosotros y para el futuro de nuestra sociedad multicultural: «La puesta de sol, como todo lo que prevalece», apostilla, «lo hace a costa de su propia desaparición. Para que algo sea bello, ha de ser visto, pero lo que nos ve puede atraparnos».

En prolongadas estadias, motivos abigarrados, a merced de caprichos nada burocráticos: «Tanta alegría se malogra por culpa de nuestros esfuerzos por mantenerla viva». La cartografiada amnistía de *On Earth We're Briefly Gorgeous* (Penguin Press, 2019; *En la tierra somos brevemente hermosos*; mi traducción, al igual que las restantes) se cumple en su apresurada contabilidad («Te extraño más de lo que te recuerdo»), mientras se adentra en lo invertebrado. Se desafía nuestra capacidad de convertir la experiencia en lenguaje. Notable no sólo por su honestidad sino por su lirismo, la crónica viaja hacia los confines más oscuros de la experiencia y regresa, fatalmente herida, dulcemente elocuente. Cruda y conmovedora irradia la luz de la verdad y se erige como la victoria final de una vida que se siente, al vivirla, como una derrota. La discriminación frustra la identidad. Llegamos a ver, y esa visión desvela el poder

transformador que nos cambia con el tiempo. En contra de la convicción, coercitivo el discurso («Escribía porque me recomendaron que no comenzara con un por qué. No quería enlazar oraciones, sino liberarme. Ahora los oigo decir que la libertad no es más que la distancia entre el cazador y su presa»).

Implacable la crítica, unilateral. Iliberal: «No dejes que te confundan los frutos de la violencia: somos la destrucción que, aunque penetra la fruta, no la pudre». Emerge en la ferocidad de su asalto un poema sobre la imposibilidad de convicción («La ternura que te ofrecen no es sino la prueba irrefutable de que te han vencido»), a merced de una paráfrasis significativa, contra la corriente principal, a favor del compromiso, que nos encierra en toda la complejidad del viaje, no obstaculizado por la inevitable mundanidad con la que el ensayista y novelista vietnamita-americano asume los retos, a través de una banalidad de sobrecargas estéticas: «¿Sabes que hay gente que se enriquece con la desdicha ajena? Quiero conocer al millonario estadounidense de la tristeza. Quiero mirarle a los ojos, estrecharle la mano y decirle: “Ha sido un honor servir a mi país”». La conclusión esperanzada asoma influida por el conocimiento de lo que está por venir. A modo de intuición psicológica o estilístico afán, las metáforas de la paranoia pulsan lo que huye.

«¿Eso es un arte? ¿Ser tocado, pensar que lo que sientes es tuyo, cuando es siempre otro, con idéntica nostalgia, el que te encuentra?». Los poéticos estallidos son más que ornamentales: manejan el tiempo dando un paso entre el tiempo presente y el pasado de modo que nos movamos a través del caleidoscopio de las particularidades minuciosamente observadas. Vuong se retira a los recuerdos para conectarse con la actualidad, se extralimita en la naturaleza de una sabiduría elemental, inmutable: el conocimiento eleva una plegaria para el siglo XXI, axiomática en las formas convencionales de la protesta («¿Qué eras antes de conocerme?» «Me ahogaba» «¿Qué eres ahora?» «Agua»), el contenido

abunda en materiales de oposición: «Vuelvo a considerar la belleza, cómo nos dedicamos a atrapar lo que consideramos bello. Si en relación con el devenir del planeta la vida humana es corta, un parpadeo, dicen, ser hermoso, desde el día en que naces hasta el día de tu muerte, es ser hermoso brevemente».

Lo que surge no es una reelaboración cansada de los tropos, sino una reconciliación con los elementos de la existencia, el sentido de comunidad, las oportunidades que brinda a su extraordinaria inteligencia el doloroso secreto de la homosexualidad. Lo que obtenemos es una profunda meditación sobre el poder del ser humano para superar las contradicciones de diversas culturas y crear algo nuevo. En la metrópolis de la prosa, el narrador es el *flâneur* que merodea en las arcadas del texto sin observar las urbanidades del estilo, se resiste a que lo identifiquen con ese que deambula, que lo ve todo a través de las formas refrescadas: «Tratamos de preservar la subsistencia», afirma, «incluso cuando sabemos que nada puede sobrevivir. Alimentamos el cuerpo, lo mantenemos cómodo, lo bañamos, lo medicamos, lo acariciamos, incluso le cantamos. Tendemos a respetar esas funciones básicas no porque seamos valientes o desinteresados, sino porque, como respirar, sobrevivir es el acto fundamental de nuestra especie: mantenernos en pie hasta que el tiempo nos sobrepasa».

Se desdeña la neoimperial división que vuelve invisible al otro, se asume que la nacionalidad no tiene más guardianes que la «compañía de mis teorías, metáforas, ecuaciones, Shakespeare y Milton, Barthes, Du Fu y Homero, expertos en la muerte, incapaces de enseñarme como acariciar a mis muertos». Ansiosa por diferenciarse, la amenaza o la oportunidad de atrapar, de ser atrapado, porque «la libertad es relativa, lo sabes bien, a veces ni siquiera es libertad, sino la jaula que se ensancha lejos de ti, los barrotes abstraídos por la distancia». A través de la estasis nos deshumanizamos y degradamos en las continuas migraciones que nos han hecho como somos. La evanescencia se posa sobre los objetos, se frota contra la fisicidad. Ningún grado de asimilación puede revertir el racismo sistémico que nuestra cultura dominante tiene la costumbre de perpetuar. Las visiones transmiten signos de una extrañeza diseñada en taxonomías significativas, en esquemas que se bifurcan: «Recuerda que

las reglas, como las calles, sólo pueden llevarte a lugares conocidos».

Se afana el poeta de *Cielo nocturno con heridas de fuego* (2016) por saber qué forma tomará la conciencia cuando lo que la presiona continúe revelando su hermosura en plena posesión de su horror: «Te escribo desde el interior del cuerpo que solía ser tuyo. Te escribo como si yo fuera tu hijo». Una cualidad no resuelta emerge en el autorretrato de una neurótica promiscuidad, un sentimiento de autorepulsión, un resentimiento abrasador que se opone al pastoralismo nostálgico al que tiende, reubicado en la curación natural del sentido de hogar. Su recreación de una existencia coronada por la felicidad y la plenitud a pesar de las restricciones impuestas por la sociedad es una historia social ejemplar. Frente a los desastres que adornan los periódicos matutinos, la lírica se muestra en su inquietud formal, su deseo de trascender el idioma, de acuñarlo de nuevo, con términos recién descubiertos, que sean «un monstruo, una señal híbrida, un faro: al mismo tiempo un refugio que una advertencia».

Atormentado por impulsos enfrentados, siente la necesidad de conectarse con el más allá de las emociones, para trascender la mera representación. Frente a las reglas de la decadencia, la convicción «de que nada dura para siempre, aunque yo te escribo con la voz de las especies en peligro». La tenacidad del manuscrito asume la adicción peripatética, el protagonista eres tú, y no eres, al mismo tiempo; la relación no comienza contigo, pero depende de tu respuesta: «Madre, una vez te oí decir que la memoria es elección. Si fueras dios, sabrías que es inundación». Honesta sin estridencias, brutalmente reveladora, *Brevemente hermosos* no hace esfuerzos por ocultar los episodios vergonzosos de una existencia caótica, devastadora. A merced de los efectos distorsionadores, su fuerza radica en su fugaz espíritu de investigación, empeñado en descubrir jerarquías ignotas: «Sobrevivimos a la existencia, no a la propia piel. Pero eso tú ya lo sabías».

Una forma de vivir vulnerable y valiente enuncia sus evasiones. El profesor de la Universidad de Massachusetts cruza las fronteras de su migrante volumen; en círculos concéntricos, el hilo central de la narración es la búsqueda de un lugar al que no se pertenece. Aliviada y luego arruinada por el descubrimiento del otro, la



Ocean Vuong. Fotografía: slowing4

creciente dismorfia corporal contempla el tú metafísico como algo diferente del yo interior; huye a la expresión de afinidades mediante la peripecia del «ángulo de luz solar [que] desencadena la migración, un cambio de estación, de la temperatura, de la vegetación, del suministro de alimentos. Las monarcas ponen huevos a lo largo de la ruta. Cada historia contiene más de un hilo, cada hilo es una historia divisiva. Viajan a siete mil seiscientos kilómetros, más que la longitud de este país. Las que vuelan hacia el sur no regresan al norte. Cada partida es definitiva. Sólo los hijos regresan; sólo el futuro revisita al pasado».

Las cláusulas persistentes recortan una exactitud aleatoria. Irremediablemente atrapado en el negocio de estar vivo, el premio T. S. Eliot se erige en ejemplo a no seguir, consciente de que «en un mundo de miríadas como el nuestro, la mirada es un acto único: contemplar algo es llenar nuestra vida con ello, aunque sea por un breve tiempo». Su necesidad de vuelo espiritual avanza hacia atrás, se libera de lo real, asume el peso emocional preciso, despliega su esperanza hacia lo que anhela ser consolado. Esclavas del artificio, las formas del deseo profundizan en lo metafórico a través de los recuerdos compartidos; encuentran consuelo en el entorno primitivo de una luminosa convicción: compartir la esperanza, ahondar en la impermanencia. Se enfrenta el héroe a las pérdidas y las persecuciones, míticas y reales, en actos de recuperación. Construye su

hogar en la novela (traducida como *En la tierra somos fugazmente grandiosos* por Jesús Zulaika y editada en 2020 por Anagrama), en el esplendoroso aislamiento de un desafío a las hipocresías y las contradicciones: «Desean que prosperes, pero nunca más que ellos. Son ellos los que inscriben sus nombres en la correa y te aseguran que eres necesario, que eres urgente».

La economía lingüística surge aferrada a las restricciones draconianas de la lucidez: «Una página, al volver, es un ala que se alza sin gemelo, y, por tanto, no emprende el vuelo. Aun así, nos conmueve». Opuesta a la ignorancia de la comunidad fundamentalista, el héroe encuentra la fuerza para mantenerse al margen del pasado reaccionario y asimilarse a la corriente principal; repite *ad infinitum* los detalles que omite, evita la casuística del andamiaje sobre el que construye su narrativa. Mora el vacío en el corazón del libro, un espacio a rellenar de voces intimidantes, deliberadamente ciegas. Contra el prejuicio geográfico, el territorio recelosamente insular de las palabras que avanzan contra las patrullas de lo políticamente correcto: «Todo este tiempo me repetía a mí mismo que somos hijos de la guerra, pero no es verdad, madre: somos hijos de la belleza». A pesar o quizás debido a las leyes empeñadas en preservar la homogeneidad, la beligerancia del crisol conduce al encanto de los epítetos multiculturales de la crónica que es «un acto de deglución: abrir la boca para hablar, pero dejar lo que callamos en los huesos».